



Incertidumbre

¿Cuándo saldremos de la espesa niebla que nos cubre? Más allá de esta pregunta que tanto hacemos hoy, hay que entender la incertidumbre como una característica natural del ser humano de la que tenemos mucho que aprender.

Antes que una amenaza, es **una oportunidad que nos invita a ser más flexibles y tolerantes.**

FUTURO EN TRÁNSITO

La Comisión de la Verdad invitó a **39 autores** a participar en Futuro en tránsito, un proyecto que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto, para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices para acercarnos y comprendernos.



Apoya:



INCERTIDUMBRE

FUTURO  EN TRÁNSITO

I N C
Moisés Wasserman
E R T
Lariza Pizano
I D U
Damián Pachón
M B R
E

FUTURO  EN TRÁNSITO

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición

Comisionados

Francisco José De Roux Rengifo, *presidente*

Alejandro Castillejo Cuellar

Saúl Franco Agudelo

Lucía González Duque

Carlos Martín Beristain

Alejandra Miller Restrepo

Alfredo Molano Bravo (q.e.p.d.)

Carlos Ospina Galvis

Leyner Palacios Asprilla

Marta Ruiz Naranjo

María Ángela Salazar Murillo (q.e.p.d.)

Patricia Tobón Yagari

Alejandro Valencia Villa

Secretario general

Mauricio Katz García

Directores

Gerson Arias Ortiz, *director para el diálogo social*

Tania Rodríguez Triana, *directora de territorios*

Sonia Londoño Niño, *directora de pueblos étnicos*

Diana Britto, *directora de conocimiento*

Juan Carlos Ortega, *director administrativo y financiero*

Oficina de cooperación internacional y alianzas

María Paula Prada Ramírez

Oficina de comunicaciones

Ricardo Corredor Cure

Futuro en tránsito

Dirección general: Alonso Sánchez Baute

Coordinación editorial: John Naranjo

Dirección de arte: Raúl Zea

Editores: Rodolfo Quintero Romero - Valentín Ortiz

Equipo de diseño: Juliana Salazar - Guido Delgado

Corrección de estilo: Andrés López - Alberto Domínguez

Mesa técnica

Paula Arenas Canal

Tiziana Arévalo Rodríguez

John Naranjo

Alonso Sánchez Baute

Incertidumbre

MOISÉS WASSERMAN

LARIZA PIZANO

DAMIÁN PACHÓN

Incertidumbre

© 2020 Moisés Wasserman

© 2020 Lariza Pizano

© 2020 Damián Pachón

Esta publicación contó con el apoyo de la Unión Europea.

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición

Francisco José De Roux Rengifo, presidente

Delegación de la Unión Europea en Colombia

Patricia Llombart Cussac, embajadora de la Unión Europea (UE) en Colombia

Red Nacional de Programas Regionales de Desarrollo y Paz — Redprodepaz

Fernando Augusto Sarmiento Santander, director

Las opiniones expresadas en este libro son de exclusiva responsabilidad de los autores y no necesariamente representan la opinión de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición o de los aportantes del proyecto.

ISBN COLECCIÓN FUTURO EN TRÁNSITO 978-958-5586-32-1

ISBN VOLUMEN: INCERTIDUMBRE 978-958-5586-38-3

© COMISIÓN DE LA VERDAD / REY NARANJO EDITORES 2020

Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio, sin permiso escrito de los titulares del copyright.

EL ACONTECIMIENTO DE LA VERDAD

Francisco De Roux

Presidente de la Comisión de la Verdad

UNA DE LAS PREGUNTAS CENTRALES DE LA COMISIÓN de la Verdad tiene que ver con la no repetición. De hecho, en nuestro nombre completo, estas dos palabras están incorporadas desde el inicio: Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.

Y aunque también es parte central de nuestro trabajo la investigación histórica para desarrollar nuevas comprensiones de nuestro conflicto armado, la razón de ser de ese trabajo de esclarecimiento adquiere una dimensión más honda en la medida que sirva de base para no repetir la tragedia y así avanzar hacia un país en el que se transformen las causas que generaron la violencia.

Estamos convencidos de que solo si logramos reconocer las verdades de nuestro pasado de forma abierta y plural, podremos transitar a un futuro en donde las armas no sean una herramienta para fines políticos, económicos o de ningún tipo.

Desde este punto de vista, asumimos el trabajo de esclarecimiento como un acontecimiento, como un *happening*, en donde todos los colombianos y colombianas, desde diferentes lugares y perspectivas, teniendo como faro ético el dolor de las nueve millones de víctimas, deponemos miedos, prejuicios, posiciones de poder en intereses egoístas para permitir que la verdad se abra paso entre nosotros. Como podrán imaginar, no es un proceso fácil, pero seguimos empeñados en propiciar todos los espacios y estrategias posibles para que en una suerte de *in crescendo* constante, entre la verdad en la vida pública de los colombianos desde lo cotidiano, crezca nuestra consciencia colectiva para no tolerar más lo intolerable y nos sobrecoja una conmoción positiva que nos haga pensar en un futuro en paz.

Es en el respeto de las diferencias que lograremos el futuro compartido. Estos ensayos que conforman el proyecto Futuro en tránsito, con miradas y provocaciones intelectuales diversas, nos ayudarán a profundizar en las reflexiones que tenemos que hacer como ciudadanos, planteándonos preguntas difíciles y dilemas morales que nos interpelen en un país que dejó que la guerra generara cuatro millones de desplazados, doscientos veinte mil muertos, así como miles y miles de desaparecidos y refugiados.

Confiamos en que el diálogo que se inspira en estas lecturas nos ayudará a construir desde la búsqueda de la verdad el futuro en paz y dignidad humana que se merecen las futuras generaciones de colombianos y colombianas.

PRÓLOGO

LA EMOCIÓN MÁS VIEJA Y PODEROSA, DICEN, ES EL miedo. Y el miedo más viejo y poderoso, dicen también, es el miedo a lo desconocido.

El hombre suele estar más enfocado en la posibilidad del futuro que en la certeza del presente. Sin embargo, la incertidumbre es lo único cierto que ha tenido la humanidad. El COVID-19, por un lado, que nos puso de cara en 2020 a una fragilidad inédita y a la situación, aún por delante, de lidiar con sus imprevisibles consecuencias; y, por el otro, la inseguridad, la desconfianza y la falta de certezas que ha traído la finalización del conflicto con las FARC y la implementación del acuerdo de paz en Colombia, generan una especial inquietud.

¿Cuándo saldremos de la espesa niebla que nos cubre? Más allá de esta pregunta que tanto nos hacemos hoy, hay que entender la incertidumbre como una característica natural del ser humano de la que tenemos mucho que aprender. Antes que una amenaza, es una oportunidad que nos invita a ser más flexibles y tolerantes, a vivir un paso a la vez y a disfrutar el día a día con la calma de quien se sabe en paz con su soledad.

La Comisión de la Verdad invitó a 39 autores a participar en este proyecto, llamado Futuro en tránsito, que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto armado interno para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices para acercarnos y comprendernos. A cada uno de ellos se le pidió escribir un texto desde su visión y experiencia particular sobre una palabra específica de 13 que son fundamentales para desentrañar y comprender la problemática actual del país.

A través de diversas labores y disciplinas, Futuro en tránsito recurrió a la pluralidad discursiva expresada en la inclusión de la mayor multiplicidad de voces. El espíritu de cada uno de estos textos es generar un diálogo que dé luces, provoque, estimule el pensamiento crítico y lleve a la reflexión individual y al debate público para entendernos mejor como sociedad, nos ayude a avanzar en este complejo proceso de superar nuestro pasado y presente de violencia y construir ciudadanía.

En esta oportunidad se invitó al profesor y bioquímico Moisés Wasserman, para quien la incertidumbre define la vida de los seres humanos desde tiempos prehistóricos y es una fuente de realizaciones que, a veces, nos ayuda a vivir con mayor tranquilidad; a la politóloga Lariza Pizano, quien afirma que, para convertirse en certeza, el acuerdo de paz, y la paz misma, necesitan pasar la página de la actual radicalización política; y a Damián Pachón, el filósofo que en

su texto sostiene que la incertidumbre nos compele a tener los oídos bien abiertos al presente, a sus retos, desajustes y tendencias y nos prepara para ser más atentos y menos facilistas.

Alonso Sánchez Baute

Director del proyecto



La incertidumbre es una oportunidad

LA INCERTIDUMBRE ES FALTA DE CERTEZA, ES IMPOSIBILIDAD de predecir con precisión lo que va a pasar en el futuro, así como la de describir completamente lo que está pasando en el presente. Más que un fenómeno racional, es un estado de mente inseparable del humano desde que existe sobre la Tierra. Hay que entenderla como parte de la condición humana, no como una amenaza, o como un mal.

La primera oración de la Biblia dice que en la Tierra reinaban el caos y la oscuridad. Caos tiene el significado de desorden y ausencia de control, pero también de impredecibilidad. Todo el mundo conoce la máxima de Sócrates, el filósofo griego, quien afirmaba solo saber que nada sabía; es una descripción sintética pronunciada por él hace 2.500 años y que usamos hasta hoy. Plinio el Viejo, filósofo romano que escribió una *Historia Natural* (una descripción precientífica

de la naturaleza), vigente desde el siglo primero hasta el xvii decía que «la única certeza es que nada es cierto». El primer círculo del infierno en *La divina comedia* de Dante era el limbo, aquel lugar en el que «los espíritus no tienen esperanza, aunque viven con anhelos», un lugar lóbrego, oscuro y triste, en el que el castigo de las almas era precisamente la incertidumbre eterna.

Es posible imaginar la incertidumbre de esos primeros grupos de *Homo sapiens* que sobrevivían cazando y coleccionando frutos y raíces en África central hace doscientos mil años. No sabían si encontrarían presas, ni si las presas se defenderían atacándolos, tampoco sabían si ellos mismos no serían víctimas de los leones, depredadores mayores con los que compartían territorio, o de otras fieras, o de otras tribus de su propia especie. Tampoco sabían cuándo iba a haber una sequía que los obligara a migrar, o una inundación. Las tormentas eléctricas debían ser terroríficas, inciertas en su aparición y en sus consecuencias, incierto era el lugar donde caerían los rayos. La incertidumbre para estos humanos prehistóricos no era una circunstancia menor, era la condición que definía sus vidas, aquella que tenían que enfrentar y que por eso trataron de explicar.

Las explicaciones fueron las de fuerzas desconocidas de origen divino. O incluso la intervención directa de los mismos dioses que dirigían la vida de los humanos y tomaban las decisiones más cruciales, a veces en forma caprichosa, misteriosa e inexplicable. Eso resolvía para ellos una parte

de la incertidumbre. La explicación de los terribles eventos, terremotos, tormentas e inundaciones era la voluntad de alguna divinidad colérica a veces y otras misericordiosa. A veces les resultaba claro que la cólera de las divinidades se debía a sus malas acciones y era un justo castigo. Se desarrollaron ritos, sacrificios de animales, e incluso de humanos, para aplacar esa cólera justiciera. Pero no siempre resultaba, la cólera persistía a pesar de los sacrificios. En ocasiones el castigo no parecía tan justo, porque desde el principio de la historia existió la paradoja de que a la gente buena le pasaban cosas malas.

La explicación general de todas formas quedaba firme; los humanos no tenían por qué entender las motivaciones de los dioses, la explicación única y suficiente era que los designios de la divinidad son inescrutables. Sin embargo, la incertidumbre no se acababa con la explicación, porque a pesar de ella seguía siendo imposible predecir los castigos o los premios que los esperaban, y era también imposible predecir quiénes los recibirían y cuándo.

Hay evidencias arqueológicas de vida comunitaria, de ritos y artes desde tiempos muy lejanos. La muerte, fue siempre una de las grandes incertidumbres. Si bien era «la única certeza» porque se sentía inevitable, no se podía saber cuándo y cómo llegaría. Además, a esa duda se le sumaba el misterio aún mayor sobre qué habría después. Por eso los ritos de la muerte siempre fueron importantes y los entierros están entre las manifestaciones humanas más antiguas. Es evidente,

en muchos lugares del mundo, que trataban de disminuir esa incertidumbre enterrando al muerto con provisiones para el camino, con joyas, con sus fieles perros y en algunos lugares (para personalidades, generalmente hombres y guerreros) con sus mujeres para que los acompañaran.

La domesticación de plantas y animales hace unos diez mil años, dio origen a una nueva época, el principio de la cultura humana. Fue el inicio de asentamientos permanentes, y la conformación de grupos humanos más grandes, que cambiaron sus motivos de incertidumbre. Para las anteriores tribus cazadoras y recolectoras era si iba a ser posible encontrar presas animales y frutos silvestres, para los asentamientos fijos si las cosechas iban a ser buenas, si iba a llover a tiempo y no demasiado, si ellos y sus animales iban a ser fértiles y no se enfermarían.

Surgieron códigos formales de comportamiento social, y en esas leyes ya se ven los esfuerzos que se hacían para disminuir la incertidumbre, o al menos para amortiguarla, compensando en forma colectiva los malos efectos de las desgracias imprevistas. Algunas referencias históricas en China, hace cinco mil años, relatan que los comerciantes repartían sus cargas entre distintos barcos para que al final de la jornada se compartieran las ganancias o las pérdidas. El código más antiguo conocido, escrito en la Mesopotamia hace casi cuatro mil años por el rey Hammurabi, traía entre sus rudimentos de derecho comercial algunas disposiciones de seguros contra imprevistos. Si la cosecha era mala por

alguna razón los agricultores no debían devolver los préstamos durante ese año. En caso de desaparición de una caravana en el desierto la pérdida era asumida cooperativamente. Si un barco cargado de mercancías se hundía, todos los mercaderes debían aportar para construir un nuevo barco. El Talmud hebreo por otro lado, ordenaba crear un fondo comunitario para ser usado en caso de hambruna o de incendio.

Es decir, desde muy temprano, en los albores de la historia, los humanos empezaron a diseñar instrumentos para enfrentar la incertidumbre. Hicieron de la solidaridad comunitaria un escudo, y de sus poblaciones zonas de relativa seguridad, en las que podían sumar fuerzas para defenderse de enemigos y para disminuir riesgos.

Lo que pasa en nuestros tiempos

Desde entonces hemos progresado en conocimiento, y eso nos ha permitido superar algunos aspectos de la incertidumbre y explicar otros mejor, incluso con fórmulas matemáticas y estadísticas, que introducen una nueva definición de incertidumbre como la probabilidad de que algo suceda. Entendemos muchos sucesos que nuestros antepasados explicaban mal. Sabemos ya qué son las tormentas y los rayos, entendemos cómo se producen los terremotos, conocemos las razones de las sequías y de las inundaciones. Pero,

la capacidad de predecir su ocurrencia con precisión y con anticipación sigue siendo limitada, y por lo tanto seguimos teniendo incertidumbre sobre cómo se va a comportar la naturaleza.

El 2020 fue el año de una gran pandemia que paralizó a casi todo el mundo y que causó cientos de miles de muertes. Conocemos al agente causante con un detalle exquisito: la secuencia de sus genes, la estructura en tres dimensiones de sus proteínas, los mecanismos como nos infecta y la forma como se desarrolla la enfermedad, y tenemos modelos matemáticos que describen su dispersión. No nos falta casi nada para comprender el fenómeno. Sin embargo, a pesar de que éramos conscientes de que podía suceder, es más, de que tenía que suceder, no lo esperábamos. No podíamos saber cuándo iba a llegar, ni cuál entre los miles de virus iba a causar la pandemia, ni de dónde iba a surgir, ni a dónde iba a llegar. Cualquiera podía infectarse en cualquier momento, o podía no infectarse nunca. Se podía morir de la infección o podía pasar desapercibida. La ciencia que nos permite comprender el fenómeno con tanta precisión no disminuyó la incertidumbre personal que cada uno albergaba.

Después del gran éxito de las leyes de Newton (1867) para describir y explicar el movimiento de los planetas y las estrellas, que permitieron, por ejemplo, predecir con precisión los eclipses que antes causaban admiración y temor, hubo quienes pensaron que había llegado el fin de la incertidumbre. Creían que conociendo todos los parámetros y

circunstancias se podría predecir exactamente el desarrollo de los hechos en la Tierra, así como se podía predecir la ocurrencia de los eclipses. Esa seguridad no duró mucho. En la física surgieron en el siglo xx dos grandes teorías: una, la de la relatividad planteada por Albert Einstein, que nos obligó a reconocer que el tiempo no es constante, sino que cambia de acuerdo con la velocidad del observador. Otra teoría fue la cuántica, y en ella con un principio que se denominó precisamente de la incertidumbre, Werner Heisenberg mostró que era imposible conocer al mismo tiempo, con exactitud, la posición y la velocidad de una partícula subatómica. Eso no disminuyó la capacidad de la ciencia para hacer medidas exactas, al contrario, la aumentó, pero sí destruyó esa ilusión del fin de la incertidumbre. Adicionalmente la llamada teoría del caos de Edward Lorenz, quien mostró cómo ciertos sistemas dinámicos se comportaban en forma totalmente impredecible con pequeños cambios en sus condiciones de inicio. Entre ellos los fenómenos atmosféricos, y la figura metafórica que se popularizó fue la de que el aleteo de una mariposa en Indonesia podía causar un huracán en el Caribe.

Si eso resultaba cierto para ciencias bastante exactas como la física y la química, lo era mucho más para ciencias como la biología y la ecología, que tratan de organismos compuestos por trillones de células y de comunidades de millones de organismos, todos viviendo en ambientes que son sistemas complejos e impredecibles, como aquellos que estudia la teoría del caos.

En realidad, la ciencia nunca pretendió que iba a acabar con la incertidumbre. Por el contrario, solo se concibe como resultado de esa incertidumbre. Ella parte de la premisa de que no hay verdades terminadas y finales, y su método consiste en acercarse a ellas en forma paulatina, mediante hipótesis sucesivas sometidas a pruebas rigurosas. Es decir, la incertidumbre no es el enemigo de la ciencia ni su refutación, es parte fundamental de su método.

La incertidumbre cotidiana y la capacidad que tenemos para tolerarla

La vida de la gente está llena de incertidumbres, grandes y pequeñas. La vieja canción cantada por Doris Day en una película de Hitchcock, «Qué será, será» expresa en forma sencilla, para muchos demasiado sencilla, las primeras preguntas que se hacía esa niña: «¿Seré hermosa, seré rica, seré feliz?... No podemos ver el futuro... lo que será, será». El éxito fue inesperado y por años la han venido interpretando cantantes populares, como Nat King Cole, José Feliciano y muchos más. No es una gran obra musical, tampoco es muy buena poesía. La razón para su éxito durante casi setenta años es que expresa la incertidumbre que el humano siente desde el comienzo de su vida y que lo acompaña en toda ella. Cada instante parece plantear una duda: ¿habrá un cupo en el jardín infantil? ¿Los compañeros serán queridos? ¿Pasaré los

exámenes? ¿Me graduaré? ¿Estudiaré una carrera o un oficio? ¿Conseguiré trabajo? ¿Tendré una familia? ¿Me enfermaré? ¿Cómo y cuándo llegará el fin? Y algunos se preguntan también si habrá algo después.

La incertidumbre está siempre presente, es una parte de nuestra naturaleza, pero tenemos diferentes formas de enfrentarla y tenemos niveles diferentes de tolerancia y de capacidad para vivir con ella. Tanto desde la ciencia como desde la cotidianidad nuestros cerebros tratan de predecir el futuro. Recogemos información del pasado y con base en ella tratamos de construir modelos, o detectar repeticiones, para combinarlos mentalmente e imaginar cómo se van a desarrollar las cosas. A veces nos arriesgamos con predicciones para un futuro un poco más lejano, aunque nunca demasiado, porque sabemos que el mundo está generando sorpresas todo el tiempo.

Enfrentamos la incertidumbre en formas diversas que en buena medida dependen del carácter de cada cual. Los psicólogos se refieren a la negativa para aceptarla como la «intolerancia a la incertidumbre», e incluso han desarrollado exámenes para cuantificarla. Una intolerancia alta puede ser buena, o lo contrario, de acuerdo con las circunstancias. Por ejemplo, si vamos a ser sometidos a una cirugía, nos va a gustar que el médico sea intolerante con lo incierto y que deje el mínimo posible de factores al azar. Vamos a querer que revise muy bien su equipo para que no le falte nada en medio de la operación y que repase su anatomía para que no

tenga dudas de dónde pone la cuchilla y qué es lo que hay que coser. En el campo de la política a veces esperamos que haya poca tolerancia con algunas incertidumbres. En lo que vive el país hoy, en muchas regiones los líderes sociales no saben qué les va a pasar, su vida misma es incierta. Quisiéramos que las autoridades, y quienes tienen la capacidad de evitar el daño, tengan un nivel altísimo de intolerancia con el riesgo al que están sometidos estos líderes, y que revisen todos los medios que tienen para protegerlos, sin dejar nada a la suerte.

Por otro lado, en la vida cotidiana de las personas una intolerancia demasiado alta puede tener efectos negativos que van desde una ansiedad que no los deja dormir hasta una parálisis completa de todas sus acciones. Un estudio reciente, en un campamento de refugiados en Suecia, encontró en los más jóvenes algo que llamaron «síndrome de resignación», que combinaba síntomas de depresión y desesperanza y llevaban finalmente a una especie de estu-por que, en los casos más graves, requirió hospitalización y alimentación forzada. No sé si entre nuestras poblaciones de desplazados, tan grandes infortunadamente, se ha encontrado un síndrome parecido, pero no sería extraño. No se necesita estar en situaciones extremas para sufrir los efectos de una alta intolerancia a la incertidumbre. Esta puede producir conflictos entre parejas, amigos y vecinos. Puede desarmarnos ante la adversidad y dificultarnos el enfrentamiento a enfermedades, a pérdida del empleo, o como hemos visto, a una pandemia.

La incertidumbre, fuente de paz y de felicidad

Una de las consecuencias negativas del sentimiento humano de que la incertidumbre es inevitable, es el desarrollo de miedo y aversión a la duda. Hay quienes piensan equivocadamente que asertividad, seguridad y firmeza en las decisiones, contrarrestan los «males» derivados de la incertidumbre. Científicos y pensadores modernos se han apartado de esa idea. El filósofo y educador John Dewey escribió un libro titulado precisamente *La búsqueda de la certeza*, que en realidad es un intento para convencernos que hay que abandonar esa búsqueda, tan arraigada en la necesidad humana, de obtener certidumbres. O mejor, corregir esa búsqueda que, según él, va por senderos equivocados y que reduce al humano a la condición débil de espectador.

Richard Feynman, Premio Nobel de física, decía que la principal tarea del científico es la de mantenerse inseguro. Bertrand Russell, filósofo del siglo xx, reclamaba la importancia de «la voluntad de dudar», que es el reconocimiento de que ninguna de nuestras creencias es absolutamente verdadera. La forma de aumentar el contenido de verdad es oír diferentes posiciones, confrontarlas con los hechos y limitar los sesgos propios que se derivan de las certezas no bien justificadas. Daniel Dennett, un filósofo de nuestros días, en su libro *Las bombas de la intuición y otros instrumentos para pensar* nos pide cometer errores: «Haz nuevos errores, haz

errores gloriosos que nadie haya hecho antes». Afirma que la historia de la filosofía y de la ciencia es la de personas avis-padas que hacen errores tentadores. Recomienda adquirir la práctica extraña de saborear los propios errores en lugar de enfurecerse con ellos. De esa forma se les podrá extraer provecho; un buen consejo para mejorar el respeto por la diversidad humana y por la libertad de pensamiento y de expresión. Quien respeta sus propios errores es más ecuánime juzgando los de los otros. A la verdad uno se acerca más eficientemente desde la duda que desde la certeza. La verdad y el respeto por los otros y por sus ideas, son un pilar fundamental de la paz.

Después de discutir el hecho indudable de la incertidumbre en la que los humanos vivimos desde que nacemos, es importante preguntarse si de todas formas hay algo en lo que sí podamos estar seguros, en lo que no nos quepa ninguna duda. La respuesta es que sí, que tenemos algunas certezas. No dudamos que algunas personas nos aman. Puede haber algún escéptico que no crea en el amor que le tienen a él, pero sería muy extraño que dudara de su propio amor por otra persona. En nuestras relaciones con los otros encontramos cierta certidumbre. Algunos se quejan de la incertidumbre con la muerte, pero hay que reconocer que esa incertidumbre existe por el hecho cierto de que estamos vivos. Hay incertidumbre sobre en qué medida nuestros deseos se van a cumplir, pero tenemos certeza sobre qué es lo que deseamos. Algunas personas tienen certezas religiosas, patrióticas,

políticas y otras. Todas esas certezas pueden generar paz y tranquilidad, pero es un hecho histórico que también pueden generar lo contrario. Así como se discutió con respecto a la ciencia, también en este caso el gran valor de la incertidumbre es que obliga a pensar. La certidumbre termina con la reflexión pues ya se cree saber qué pasa y qué hay que hacer. La duda nos obliga a pensar, a escuchar, a sopesar, y esa es la vía con la que los humanos acertamos mejor.

La felicidad es un bien supremo que todos buscamos, y contrario a lo que se podría pensar a primera vista, no es imposible en la incertidumbre. Tal vez, al contrario, y está relacionada con la medida justa de tolerancia a ella, que se discutió antes. Hay ejemplos. Viktor Frankl fue un neurólogo y psiquiatra, judío austriaco. En 1942 fue enviado a un campo de concentración nazi y durante el resto de la Segunda Guerra Mundial, fue trasladado a tres campos más, uno de ellos el tristemente célebre campo de exterminio de Auschwitz. Él sobrevivió (el único de su familia) y dedicó sus años posteriores a estudiar las características psicológicas que caracterizaban a los sobrevivientes de aquel horror máximo. De su análisis, concluyó que quienes más sobrevivieron no fueron quienes tenían grandes certezas y mucha fe, sino quienes se hicieron un propósito. Es cierto que hay incertidumbre sobre si los propósitos se le van a cumplir a uno, pero no la hay sobre el hecho mismo de tener un propósito. Los propósitos, las acciones que se derivan de ellos, las alianzas que se hacen para lograrlos, las ideas con las que

se identifican, y los grupos humanos que apoyan y en los que se apoyan, todos ellos le dan sentido a la vida. Por eso Frankl postuló que el factor clave de supervivencia, el que lograba mejor contrarrestar la desesperación, era el de tener un propósito.

Los expertos en evaluaciones sociales hacen categorizaciones de los países más satisfechos y los más felices. Los más satisfechos siempre están encabezados por las democracias nórdicas, países con gran seguridad social y que ofrecen oportunidades de desarrollo igualitarias a la mayoría de sus ciudadanos. Su ingreso per cápita es alto y no tienen poblaciones con necesidades insatisfechas. Curiosamente no pasa lo mismo con los ránquines de felicidad. En ellos nosotros generalmente estamos entre los primeros puestos. Los índices de depresión y de suicidio son más altos en los países nórdicos satisfechos que entre nuestros países latinoamericanos. No hay explicaciones simples a ese hecho, pero se podría aventurar que el tener propósitos y asumir acciones para lograrlos, es la forma como toleramos las incertidumbres y lo que, a la larga, define la felicidad.

La incertidumbre es inherente a la condición humana, pero no es una condena, por el contrario, es una fuente de realizaciones. A veces una alta tolerancia a lo incierto nos permite vivir con más tranquilidad, otras veces la intolerancia a la incertidumbre se hace necesaria para minimizar errores en acciones críticas que ejecutamos. El ideal es un

buen equilibrio, aceptándola en ocasiones y confrontándola en otras. La sabiduría está en manejar ese equilibrio.

La incertidumbre se confronta con acciones y con propósitos. Estos no la eliminan, eso no es posible, pero tienen un gran valor propio, y hacen que la confrontación de la incertidumbre se constituya en una fuente de felicidad. Los propósitos de las personas y las acciones que se toman para lograrlos tienen un inmenso valor.

La duda que se deriva de la incertidumbre es muy útil para acercarse a la verdad, tanto en las ciencias (naturales y sociales) como en la vida cotidiana. La incertidumbre es la fuente de reflexión y de análisis que nos lleva a tomar las mejores decisiones. La duda, además, nos hace tolerantes y respetuosos con los otros, con la diversidad de los humanos y sus culturas, condición indispensable para lograr la paz. ‡



LARIZA PIZANO

Certezas para la paz

LA INCERTIDUMBRE ESTRESA. ANGUSTIA. DUELE. BLOQUEA. El único recurso para detenerla es la fe, declarar que va a pasar y que lo imprevisto algún día se convertirá en una certeza. Porque las certezas se necesitan, incluso para la política.

El 2 de octubre de 2016 fue un día de incertidumbre. Una mañana de ilusión y una tarde y una noche de angustia. Al menos así fue en la redacción de la revista *Semana*, en la que yo trabajaba en ese momento. Era una redacción jugada por el Sí. Después de años de cubrir la guerra, los dramas del conflicto, las historias de la violencia, el respaldo editorial a la paz, la posición de los periodistas era casi unánime a favor del plebiscito.

Sin embargo, no por eso era una redacción enceguecida. Había conciencia de las fallas de comunicación de los defensores del acuerdo de paz y con el paso de los días habían crecido rumores que se transmitían por las redes sociales,

por cadenas de WhatsApp y por los discursos políticos, acusando al acuerdo de promover la impunidad. También surgieron mentiras. Unas cartillas mal explicadas que pocos meses antes había publicado el Ministerio de Educación sobre diversidad sexual, habían sido blanco de ataque de los representantes del No, quienes habían concluido que el Gobierno Santos, firmante de la paz con las FARC, estaba buscando «corromper» a los niños del país.

Días antes, en una pequeña reunión de editores, el director de la revista había preguntado si teníamos previsto para el 2 de octubre algún plan B. Y lo planteó porque solamente teníamos un plan A: dejar lista la revista el viernes anterior a la votación, anunciando el arrasador triunfo del Sí. El domingo a las cinco de la de la tarde, cuando estaba prevista la alocución del registrador dando los resultados, escasamente tendríamos que poner en la portada y en los artículos de la revista la cifra de votos con la que el Sí le ganaría al No.

A las cuatro de la tarde los periodistas comenzamos a llegar a la redacción. Celebraríamos la posibilidad de dar en la versión digital de *Semana* la noticia del triunfo del Sí y de escribir, para la revista impresa, un número histórico contando que ese 2 de octubre Colombia había refrendado el paso de la guerra a la paz. De hecho, dos de nuestras ediciones anteriores habían evidenciado nuestra posición editorial. Una se titulaba «Sí». La otra era una portada blanca, celebrando la firma en Cartagena.

Ese día esperábamos, también, irnos temprano a la casa. Solo tendríamos que pulir los artículos que ya habíamos dejado listos el viernes anterior. Pero todas esas expectativas se fueron al traste en cuestión de minutos. Yo me encontraba en la oficina de Rodrigo Pardo, director editorial, esperando los resultados. Una llamada previa de uno de los senadores promotores del Sí me había dejado una mala espina. «Esta mañana repartimos periódicos a favor de la paz, y mucha gente nos dijo que No. No supe si era que no iban a votar, o si nos decían que iban a votar No», me dijo. Entró Marta y justo en ese momento Rodrigo dijo: «Mierda, ganó el No». Él iba adelantado en información, pues seguía los resultados en la página de la Registraduría.

Nunca olvidaré esa sensación. Sentí un golpe frío, seco. Un totazo. Mirando ese momento en perspectiva, cuatro años después, entiendo cómo se siente la incertidumbre: la falta de, como dice la Real Academia, «un conocimiento seguro y claro de algo», la imposibilidad de que la mente se adhiera «a algo conocible, sin temor de errar».

No hubo tiempo para la negación. Cuando abrimos la puerta de la oficina de Rodrigo nos encontramos con casi una decena de periodistas jóvenes con lágrimas en los ojos. Desconcertados. No solo porque el triunfo del No derrumbaba nuestras proyecciones políticas, sino porque también era un golpe a nuestra intuición como periodistas. Nos habíamos equivocado anticipando lo que iba a suceder en el futuro inmediato —¡falló el olfato!— y, por

si fuera poco, a las cinco de la tarde no teníamos revista. Un artículo que habíamos dejado hecho sobre lo que venía para los exguerrilleros de las FARC después del triunfo del Sí, ya no podía publicarse. Otro que habíamos alistoado sobre lo que vendría para el Congreso con el trámite legislativo especial que iniciaba con el triunfo del Sí, ya no tenía sentido. Y la portada, que a este momento llevaba por nombre «¡Y ganó el Sí!», por supuesto también tenía que desecharse.

A toda carrera citamos a un consejo de redacción. Teníamos que llenar treinta páginas en blanco antes de las diez de la noche, hora límite para cerrar edición y para que la revista pudiera circular el lunes. Cerca de diez periodistas nos miramos la cara y de pronto uno dijo: «¿Y ahora qué?» Ese fue el título de la nueva portada.

La incertidumbre política

El lunes siguiente fue de guayabo. Habíamos trasnochado y el malestar era total. El «¿y ahora qué?» pasó de ser una pregunta existencial a un síntoma del incierto panorama político. Era paradójico. Lo que me gustaba de escribir sobre política es que todo era posible. Aunque los temas del poder en Colombia siempre son recurrentes, hasta antes del plebiscito existía la sensación, en el cubrimiento periódico, de que siempre había una historia nueva, asombrosa

y llamativa que contar. Pero en esta oportunidad el panorama era angustiante. La historia nueva que queríamos contar era la de la paz y ahora la incertidumbre era más profunda. Colombia vive de campaña en campaña y por eso, una vez superada la elección del plebiscito, comenzaba a tomar forma la elección presidencial.

En ese contexto, y en contravía de lo que pasaría en un país con una institucionalidad robusta, surgía un temor mayor: ¿qué pasaría con lo acordado, entre el Gobierno del presidente Juan Manuel Santos y las FARC, en dado caso de que en las elecciones de 2018 ganaran fuerzas políticas adversas a la paz? ¿Se irían al traste cuatro años de discusiones en La Habana? ¿Volverían los exguerrilleros a sus filas? ¿Volvería la guerra? Las preguntas tenían sentido porque entonces, como ahora, había una gran certidumbre: la radicalización política estaba llegando a niveles de fanatismo solamente vistos en Colombia durante la época de la Violencia partidista, la que comenzó en los años cincuenta y solo se aplacó con el pacto burocrático del Frente Nacional.

Todo eso se sumaba a otra certeza: la precaria estatalidad existente en Colombia. En nuestro país, todas las normas se revisan según el Gobierno de turno, no se respetan los precedentes judiciales y un tema tan profundo, como la negociación de una guerra de cincuenta años, también era visto por sus detractores como resultado de una política de Gobierno, mas no como una decisión estatal. Tanto así, que

los detractores del acuerdo calificaron al acuerdo como «la paz de Santos».

Cuando llegó la confirmación del triunfo del No, llegaron otras dudas frente al futuro. La de qué pasaría con un acuerdo hablado, logrado, durante más de dos años de negociaciones. Fue extraño ese momento. Había algunas certezas, como la que dieron los estudiantes y jóvenes en la marcha por la paz en noviembre de 2019, pidiendo celeridad en las definiciones. ¡Paz ya!, decían muchas de sus pancartas, mientras simultáneamente se daba una cita entre los del Sí y los del No. En un ambiente de tensión política, el expresidente Álvaro Uribe entraba al Palacio de Nariño con los miembros de su bancada en el Congreso. Mientras tanto, cientos de guerrilleros esperaban en zonas veredales a que desde la política se le diera seguridad a su futuro. Miles de ciudadanos –pacifistas o no– dependían de las voluntades del poder.

Pero de esos diálogos no salió mucho. Los acuerdos se ajustaron mínimamente con el propósito de no reventar lo logrado en La Habana. Los del No tampoco quedaron contentos. Decían que el Gobierno les hizo trampa. Años después, muchos defensores del acuerdo sintieron que el poder, en cabeza ya de Iván Duque, quien fue electo después de ser un asiduo líder del No, también le había hecho «conejo» a la paz. En niveles tan altos de desconfianza, cualquier diálogo es imposible. Casi cuatro años después del plebiscito, cada una de estas partes siente que la otra le falló a la guerra o le falló a la paz.

La certidumbre de la radicalización y sus efectos

En la comunicación política suele haber muchos clichés. Uno de ellos tiene que ver con la idea de la polarización política. Desde que el expresidente Juan Manuel Santos llegó al poder y se hizo explícita su apuesta por lograr un acuerdo de paz con las FARC, la dureza de los ataques políticos llevó a editores y periodistas a iniciar sus artículos y columnas mencionando la polarización como causa de todos los males.

Pero la tal polarización política no existe. Así lo entendí un día que entrevisté al politólogo e investigador de la Universidad Nacional, Francisco Gutiérrez, quien siempre suele ir en contravía del lugar común. Esa conversación derrumbó mis certezas sobre la polarización argumentando que lo que había sucedido con el plebiscito, y con la posterior campaña electoral de 2018 en la que Iván Duque le ganó a Gustavo Petro, respondía más a un fenómeno de radicalización política. En concreto, de la derecha.

Desde entonces me he apegado a ese argumento. Al hacer el análisis político de fondo del discurso de la izquierda, e incluso de las FARC, una vez se convirtió en partido político, es posible determinar que este termina acercándose más a valores liberales que a los propios de una izquierda inamovible. La izquierda en Colombia hoy admite la economía de mercado, plantea el juego político en el marco de las normas democráticas y no está apegada a una retórica

de política exterior estigmatizante. ¿Sigue habiendo sectores fundamentalistas? Sí. Pero en general la izquierda de partidos como el Polo Democrático o la Alianza Verde están más cerca de los valores del centro político que de las versiones que marcaron sus orígenes.

En contraste, la derecha se ha radicalizado. Con la creación del Centro Democrático como competidor político en 2014, y bajo el liderazgo del expresidente Álvaro Uribe, tomó fuerza un discurso político que terminó volviendo moderado al Partido Conservador. En la campaña presidencial de 2018, esta derecha post plebiscito, se radicalizó aún más al encontrar a un contendor también radical en sus discursos: Gustavo Petro.

Que las posiciones frente a la guerra y la paz hacen parte de un juego político, es algo que también queda en evidencia en los estudios del Observatorio de la Democracia de la Universidad de los Andes. Según sus investigadores, desde 2004 hasta 2011 (durante los gobiernos de Uribe), y desde 2014 hasta 2016, alrededor del 60% de los colombianos apoyó la salida negociada al conflicto con las FARC. Sin embargo, en 2011 y por primera vez, ese nivel de apoyo cayó al 54.6%. Explican ese hecho argumentando que fue en ese año cuando se hizo evidente que el presidente Juan Manuel Santos se sentaría en una mesa con las FARC y entonces, por cuenta de esa ruptura, el uribismo calificó a Santos como traidor. En plata blanca, según el profesor Juan Carlos Rodríguez-Raga, miembro de dicho observatorio, las ideas sobre la paz que se

configuraron desde el discurso político y las élites, en esta ocasión de derecha, lograron de manera eficiente asociar la idea de paz a la de traición. Traición a un modelo caudillista en el cual se sustentaba la patria.

Si bien la certeza de la polarización, entendida como la existencia de dos polos opuestos que se radicalizan y se van a los extremos con la misma fuerza, no es clara: en la confrontación política no hay incertidumbre. Tampoco en el hecho de que en Colombia el poder de las fuerzas políticas es mayor que el poder estatal. Nunca, por más notariados que estén los acuerdos o las decisiones, hay una versión definitiva. Son recurrentes los casos jurídicos que se cierran y se vuelven a abrir. O las decisiones políticas que vuelven una y otra vez al Congreso después de haber sido derrotadas. No hay un fallo o una decisión estatal que sea de por vida. Los precedentes judiciales tampoco importan. La palabra, incluso escrita, tiene poco valor.

Lo mismo pasa en otras órbitas. Con las investigaciones criminales, con las sentencias judiciales o con las decisiones de largo plazo siempre hay algo que se puede volver a abrir, a demandar, a apelar. Pienso en los crímenes de Luis Carlos Galán, Carlos Pizarro, Jaime Garzón, Álvaro Gómez o

Eduardo Umaña, aún sin resolver. En decisiones políticas como la reelección, que ha entrado y salido de la Constitución entre un período presidencial y otro. O incluso, pienso en la planeación de las ciudades, que en el caso de Bogotá, por ejemplo, va y viene sin certezas de largo plazo:

¡Que TransMilenio por la Séptima va! ¡Que no, que es mejor el metro! ¡Que cómo se les ocurre, si tal vez es mejor el tranvía o el tren eléctrico! Y todo sigue igual, o aparentemente igual, porque nada se resuelve.

Por cuenta de lo anterior, en Colombia siempre ha importado más quién es elegido para gobernar que el marco normativo que tiene para hacerlo. Ha sido más relevante quién es elegido y cuáles son las fuerzas políticas que estarán al frente de las instituciones, que las mismas instituciones, porque de eso dependerá no solo una orientación política legítima, sino una discrecionalidad –a veces opuesta a la institucionalidad– para aplicar a su modo las normas y los acuerdos y la Constitución. Como si las normas no se pudieran aplicar de manera similar a todo el mundo. Como si no existiera el precedente judicial.

Y es justamente por esa certeza periodística que, entre analistas y académicos que habían defendido los acuerdos de paz, generaba tantas inquietudes el cambio de Gobierno. Sobre todo, el paso de uno que los había liderado a otro que los había criticado. Incluso los que se firmaron nuevamente (porque, ante tanta incertidumbre, la paz se firmó dos veces), en diciembre de 2016, en el Teatro Colón.

A la incertidumbre por cuenta del proceso electoral la antecedió otra circunstancia. Si bien el Congreso se había declarado con la potestad de implementar normativamente el acuerdo de paz, otro momento, relacionado con el exceso de la importancia de la política frente a la institucionalidad, tuvo que ver con el *fast track*. Inicialmente se pensaba que,

con la aprobación del plebiscito, el Congreso automáticamente tendría que desarrollar un marco normativo para poner en marcha el acuerdo de paz. Pero con el triunfo del No, todo ese proceso, conocido como «la implementación», quedó patas arriba. Más aún después de que, ¡en plena época preelectoral!, la Corte Constitucional afirmó que el Congreso tenía la potestad para refrendar el acuerdo, pero también para modificar los proyectos de ley que presentara el Gobierno para su implementación. Las certezas de lo acordado pasaron así a los vaivenes del pulso político.

Ni trizas, ni risas

A pesar del profundo presidencialismo y de que la visión de cada Gobierno de turno suele ser más relevante públicamente que los compromisos institucionales, en Colombia estas instituciones resisten, tratan de mantenerse. La Constitución de 1991 diseñó un sistema de pesos y contrapesos que, aunque afectado por los tiempos de la figura de la reelección presidencial que se consagró en 2004, es causa de que haya una institucionalidad que permite que algunas promesas se mantengan en el largo plazo. Figuras como el Ministerio Público, con la Procuraduría y la Defensoría, funcionan muy bien. El Congreso sigue defendiendo a capa y espada su legitimidad cada vez que se trata de imponer un mandato exclusivamente presidencial. Y las cortes, sobre

todo la Constitucional, siguen siendo guardianas importantes de parte de esa esencia constitucional.

Con relación al acuerdo de paz, esta resistencia institucional se hizo evidente en las elecciones de 2018 y en las de 2019 en las que, a pesar de haber ganado el No y de encontrarse el proyecto que lideró esta opción en la presidencia, las FARC actuaron como fuerza política y participaron en comicios y alianzas. Durante esos años también, el Congreso mismo bloqueó la posibilidad de reformar la JEP y, aunque superando profundas presiones en contra, siguieron funcionando instituciones centrales del acuerdo. A pesar de las circunstancias, dirían algunos, la Jurisdicción Especial para la Paz comenzó a operar con todas sus instancias. Las víctimas adquirieron mayor relevancia, los procesos de reconciliación a nivel local se dieron en muchas partes y, sobre todo, disminuyeron radicalmente el número de muertes y agresiones relacionadas con el conflicto armado. Hoy, ningún partidario del No puede negar que la firma del acuerdo ha salvado vidas.

Sin embargo, si bien instituciones creadas por el acuerdo de paz han sobrevivido a embates, también es cierto que hay una falta de certeza sobre cuándo se implementará del todo, especialmente en aspectos que entran en un choque estructural con el funcionamiento histórico, y también reciente y territorial de la política colombiana, como los asuntos relacionados con el tema agrario. Otros aspectos que tienen que ver con la manera como podría redistribuirse la representación política local, como las curules de víctimas, o los que

tienen que ver con la implementación de los aspectos del acuerdo relacionados con el tema agrario, se han quedado rezagados por falta de voluntad política.

Más allá del nivel institucional están las dificultades del acuerdo para traducirse en un punto de partida para la construcción de una nación a futuro. Las naciones no se construyen solo sobre sus glorias, sino también sobre los dolores compartidos, pero a nosotros tantísimos muertos no nos bastan. La certeza de la radicalización –no de la polarización– derivada del plebiscito, ha impedido avanzar en esa creación colectiva.

Hechos de dolor se han presentado desde la firma de la paz; faltas entre las que se destaca la falta de compromiso estatal –o de posibilidades– por llegar al territorio. Todos los miles de millones de pesos que se destinaban a la guerra con las FARC no se tradujeron en una mejor calidad educativa o en un acceso más equitativo de los colombianos al sistema de salud. Toda esa plata y esa capacidad estatal se fue, en parte, a seguir manteniendo las redes clientelistas y a alimentar las redes de corrupción local y regional: el cartel de la salud, el cartel del papel higiénico, el cartel de los cuadernos, el cartel de la hemofilia...

Y en parte, también, se ha ido en la lucha contra el narcotráfico. Una lucha que no se ha repensado y, desde el fanatismo obediente de quienes lideraron el No, se ha limitado a actuar según lo planteado por el Gobierno de Donald Trump. El número de hectáreas erradicadas, fumigadas o anuladas,

es la meta. Una meta que se impone sobre los criterios relacionados con el desempeño estatal: calidad educativa, bienestar nutricional, acceso a la justicia ...

No solo el Estado –o los Gobiernos (en Colombia a veces se desdibuja esa diferencia)– le ha hecho «conejo» a la paz. Excombatientes ideologizados o relacionados con carteles transnacionales, también lo hicieron. Márquez, Santrich, y otros, a diferencia de muchos *ex-FARC* que se decidieron por la legalidad, le han dado munición a los críticos de los acuerdos que han aguantado con entereza hechos tristemente previsibles desde la firma. Entre ellos, los asesinatos a excombatientes, que a comienzos de julio de 2020 marcaban doscientos quince.

Deserciones o zancadillas al acuerdo también han sido argumento para que el Gobierno de Duque impulse una visión del Estado –que había sido revisada, como tantas cosas, y sobre la que se volvió al pasado– según la cual el narcotráfico es la fuente de todos los males. Según ese principio, contrario a la visión alternativa según la cual el narcotráfico es consecuencia de la debilidad y la presencia estatal, la única manera de combatir la violencia es perseguir a cultivadores de hoja de coca y a campesinos que hacen parte de la cadena de producción que alimenta el narcotráfico.

Esa razón, sumada al hecho de que los cultivadores se oponen a los procesos de sustitución de cultivos ha sido lenta y compleja. No se trataba solo de dejarlos escritos y firmados en un papel, sino de ponerlos en marcha, con voluntad política y

con una concepción de la lucha contra las drogas que partiera del análisis de las deficiencias del Estado y no exclusivamente de su capacidad de promover el peso de la ley.

Pero ahí continúan funcionando las instituciones también. Sosteniendo un acuerdo de paz que ha aguantado embates, pero sigue vivo; se resiste a morir y también tiene su propia estatalidad. Una justicia transicional para darle vida, una consejería presidencial encargada de la implementación, una Comisión de la Verdad encargada de recoger la memoria del conflicto, un estatuto de la oposición para evitar la exclusión política, una exguerrilla mayoritariamente convertida en partido político.

A la implementación del acuerdo de paz y, a la paz misma, le quedan muchos retos por delante. Los dos necesitan avanzar en institucionalización y en compromisos de Estado, que son los que le hacen el contrapeso a cualquier incertidumbre. Pero también, para convertirse en certeza, la paz necesita pasar la página de la radicalización política. Porque lo que ocurre en Colombia no es que las historias se repiten, sino que la falta de consensos y de acuerdos duraderos hace que sea difícil pasar del todo las páginas. †



DAMIÁN PACHÓN

¿Qué hacer ante la incertidumbre?

¿Cómo vivir en un mundo
donde la incertidumbre profunda no es un error,
sino una característica?

YUVAL NOAH HARARI

IMAGINEMOS SERES HUMANOS QUE DURANTE CERCA DE veinte siglos (dos mil años) habían pensado, siguiendo a Aristóteles, que más allá de la luna (mundo supralunar) no había cambio, y que entre la luna y la Tierra (mundo sublunar) se daban todos los fenómenos que conocemos: vida, muerte, movimiento, caída, corrupción. Estos hombres se enteran, poco después de 1577, que un brillante cometa cósmico, errabundo, ha llegado del mundo supralunar y ha entrado en el sublunar. De tal manera que estos cometas probaban que más allá de la luna también había cambio y que ese mundo no era inmutable. Lo que esto indicaba era que Aristóteles

estaba equivocado y con él todos los europeos de la época. Fueron los mismos europeos que unas décadas atrás, con la gran travesía de Cristóbal Colón y el «descubrimiento» o invasión de América, tuvieron que aceptar a regañadientes que la Tierra no era plana, sino redonda.

Lo que estos dos hechos indican tiene que ver directamente con lo que llamamos incertidumbre. Esta aparece cuando las certezas que teníamos sobre las cosas, la manera como las percibíamos y nos movíamos en el mundo, se cuestionan o se derrumban. En estos casos, las creencias, los dogmas, las verdades con que el hombre contaba son puestos entre paréntesis y surge, como consecuencia, una falta de certeza sobre el mundo que habitamos. Empezamos a pensar que hemos estado engañados durante mucho tiempo y que, tal vez, existen muchos otros temas sobre los que probablemente estemos equivocados. En estricto sentido, nos volvemos escépticos, dudamos, porque nos damos cuenta que la explicación que teníamos del universo, del mundo, de nuestro lugar y el de las demás cosas que nos rodean, no era correcta. Nos quedamos sin el suelo que nos ofrecía seguridad y nos acompañaba en la vida cotidiana, en el mundo del diario vivir, con sus ajetreos y sus afanes.

Estos cambios drásticos en la visión que tenemos del mundo, el cuestionamiento de nuestras creencias, el derrumbe de lo que consideramos sólido y verdadero, produce ansiedad, inquietud, inseguridad, desorientación y hasta angustia.

Esto ocurre porque eso que llamamos verdad o certeza, es una especie de faro que hace posible la vida y la existencia.

Ahora bien, es válido hacernos tres preguntas. La primera: ¿qué es propiamente la incertidumbre y qué relación tiene con la verdad y con la certeza?; la segunda, ¿cómo podemos valorar la incertidumbre, tiene algo de positivo? Y, finalmente, en los tiempos actuales, en la sociedad del riesgo permanente, ¿cómo podemos hacerle frente? Veamos.

I

Usualmente, para explicar el significado de un concepto necesariamente tenemos que acudir a otros conceptos. Por ejemplo, si deseo explicar qué es el amor, debo decir que es un sentimiento, alude a la cercanía, el afecto, el respeto, la relación, la reciprocidad entre personas; también puedo referirme al amor al arte o a la lectura. Concretamente, para explicar una palabra, debo acudir a otras palabras. Lo mismo sucede con la palabra incertidumbre. Esta no se entiende si no la pongo en relación con la verdad o con la certeza. De hecho, se suele asumir la incertidumbre como la falta de certeza o de certidumbres, ausencia de verdad; o se relaciona con lo incierto, lo azaroso, lo contingente.

La verdad, en el sentido clásico, se ha considerado como una adecuación entre el intelecto y la cosa, más precisamente, entre el juicio que hago de una cosa y lo que esta cosa es. En latín se

solía decir que la verdad era una *adaequatio intellectus ad rem*, que en términos actuales podemos enunciar, como diría Gadamer en *Verdad y método II*, «la verdad del discurso se define, pues, como adecuación del discurso a la cosa». De tal manera que si digo «la Tierra es plana», en este enunciado le estoy atribuyendo una cualidad a «la Tierra». Y este juicio es, desde luego, falso, porque es redonda, achatada en los polos. O lo que es lo mismo: lo que digo de la Tierra no se corresponde o adecúa con lo que la Tierra es. También la verdad ha sido considerada como desocultación, o sacar a la luz lo que estaba tapado, escondido, lo que no aparecía de manera clara. Este último sentido es el que se asume cuando la gente dice: «Tarde o temprano la verdad aparece» o «la verdad siempre se termina sabiendo».

Desde el siglo XVII, el famoso filósofo René Descartes asimiló verdad con certeza, en el sentido de que lo cierto era aquello que aparecía claro y distinto, es decir, sin que se confundiera con otra cosa. La verdad tenía que ser evidente y evidente es aquello que, como se dice coloquialmente, «salta a la vista», se impone sin necesidad de mayores disquisiciones. Por eso para Descartes era evidente que «pienso, luego existo». O lo que es lo mismo: si pienso es porque existo. De hecho, muchos dijeron después: «Siento», luego también existo. Entonces, esta era una verdad obvia, de Perogrullo, accesible a todos, y quien la decía podía tener plena certeza de que estaba diciendo algo verdadero.

Si nos fijamos bien, «tener plena certeza» denota el «estado supremo de seguridad o de firmeza con que asentimos a la

verdad de un juicio», o de algo que decimos sobre las cosas. Es, para decirlo de otra forma, cierto grado de adhesión que la mente presenta respecto de sus propios contenidos. También se puede definir como la seguridad subjetiva que tengo sobre la verdad de algo. Si no poseo esa seguridad subjetiva caeré en la incertidumbre, en lo incierto, en el escepticismo.

De ahí que, después de estos rodeos por los conceptos de verdad y de certeza, podemos definir la incertidumbre como «ausencia de verdades», falta de seguridad subjetiva sobre lo que son las cosas, ausencia de convicciones definitivas, falta de confianza en las creencias que se tienen; o de forma más obvia «falta de certidumbre». Eso fue, sin duda, lo que les ocurrió a aquellos hombres del siglo xvi cuando se descubrió que la Tierra no era plana, que no se podía dividir el universo en mundo sublunar y supralunar; o cuando Copérnico lanzó la tesis de que la Tierra no era el centro del universo, sino que, de hecho, giraba alrededor del sol.

II

Ahora podemos pasar a considerar la siguiente pregunta: ¿cómo podemos valorar la incertidumbre? Preguntémonos de entrada: ¿es esta negativa? La respuesta es no, pues resulta bastante saludable perder las certezas habituales que tenemos, entrar en tensión con el mundo en que vivimos y despojarse de las seguridades. De hecho, es la pérdida de certidumbres

lo que hace avanzar al hombre y a la ciencia históricamente. Esos hombres del siglo XVI, cuando se volvieron escépticos porque su cosmovisión o manera de aprehender el mundo estaba errada y este no era lo que ellos pensaban, tuvieron que salir en la búsqueda de nuevas seguridades. Desde el punto de vista psicológico, el hombre necesita seguridad, un horizonte claro hacia donde dirigirse. De tal manera que cuando sus convicciones se ponen en duda, tiene que salir de sí mismo e intentar buscar nuevas respuestas, nuevas rutas. La incertidumbre en la cual caemos nos obliga a avanzar, a explorar, a dejar la comodidad habitual y nos empuja a buscar nuevos puntos de referencia para poder conocer, para poder vivir. Tal vez sin esas incertidumbres del siglo XVI no hubiera nacido la revolución científica del siglo XVII, y no hubiera sido posible un Galileo, un Newton. Frente al sentimiento de inseguridad que se generó en esa época, el hombre tuvo que inventar el método científico y reglar la experiencia para embarcarse en la búsqueda de las leyes de la naturaleza, de esas regularidades que gobiernan los fenómenos físicos.

Como seres humanos, debemos ser conscientes de que la incertidumbre nos atraviesa, nos cerca, nos acecha siempre. La historia misma es maestra, decía Maquiavelo, y ella nos enseña que nada es definitivo, que todo cambia, que aquello que considerábamos inamovible se transforma, muta. El mundo y la realidad humana es un devenir permanente. Las mismas formas de vida nacen y perecen; las que considerábamos inalterables pueden llegar a esfumarse. Por ejemplo,

ningún campesino del siglo XI pensaba que el mundo en el cual vivía, donde Dios lo había puesto a cumplir una función determinada en la sociedad medieval, cambiaría tan solo unos siglos después. De tal manera que es saludable tener presente que la vida, o mejor, que todo está atravesado por el azar, la casualidad; es saludable ser consciente de que aquello que llamamos verdad es histórico y que lo que es verdadero hoy, tal vez ya no lo sea mañana; igualmente, que esas creencias en las que vivimos son históricas y hasta pasajeras: si en el siglo XVII se consideraba que el hombre debía dominar la naturaleza y establecer el imperio humano sobre el universo, como decía Francis Bacon, hoy sabemos que debemos crear una nueva racionalidad científica para no dañar la naturaleza, y desembocar como especie en un desierto superpoblado.

De manera graciosa el filósofo francés Jean Baudrillard decía que vivíamos en «la cultura de la eyaculación precoz».¹ Esto quiere decir que la actual es una sociedad veloz convertida en un permanente espectáculo gracias a los medios de comunicación y las redes sociales. A un suceso le sigue otro, el cual a su vez es borrado por otro que se le superpone, de tal manera que el mundo mismo se ha convertido en un manojo de imágenes, en un cúmulo de información, donde no hay tiempo para procesar lo que sucede.

1 Baudrillard, Jean (2001). *Olvidar a Foucault*. Valencia, Pre-Textos.

Pues bien, en este tipo de sociedades las estructuras sociales, los valores, las normas, «las instituciones que salvaguardaban la continuidad de los hábitos, los modelos de comportamiento aceptables», como diría Zygmunt Bauman, cuya función era garantizar la seguridad vital, ¿se desvanecen en el aire y cambian constantemente? Las pautas de acción que normaban la vida varían; lo nuevo se impone sin que lo viejo llegue a tomar forma y a cristalizar. Es una sociedad del riesgo permanente donde todas aquellas condiciones que formaban parte de las garantías para llevar una vida tranquila, normal, ya no existen más.

Los individuos en la actual sociedad están condicionados por crisis económicas que no controlan, que no comprenden; por las decisiones de la geopolítica global, las amenazas climáticas, huracanes, terremotos, sismos; la crisis estructural del empleo y la pobreza; la debilidad de los sistemas de seguridad social y cada vez una mayor vulnerabilidad y precariedad de la existencia, donde no hay nada seguro. La actual pandemia puso de presente, y de manera contundente, cómo la incertidumbre gobierna nuestras vidas. El mundo tenía ya suficientes problemas, pero la pandemia los visibilizó más, a la vez que nos enrostró cómo lo imprevisible, lo inesperado, la irrupción de aquello que no se veía venir en el horizonte, cambió millones de vidas en el mundo, y tendrá, posiblemente, consecuencias en el tiempo por venir que no alcanzamos a determinar con precisión. Este es el mundo de la incertidumbre, la crisis y el miedo perpetuo.

En la actualidad se habla de crisis civilizatoria en el sentido de que es una forma de vida la que está agonizando y se manifiesta en las crisis económicas, ambiental, climática, energética, demográfica, alimentaria y axiológica. Estos aspectos son objetivos, pero las crisis también tienen un gran impacto sobre la subjetividad y los afectos de las personas. Esto es claro si comprendemos lo que dice María Zambrano: «La crisis muestra las entrañas de la vida humana, el desamparo del hombre que se ha quedado sin asidero, sin punto de referencia; de una vida que no fluye hacia meta alguna y que no encuentra justificación».

Las crisis sociales generan, pues, la sensación de desamparo, desorientación, indefensión, desprotección y, en los casos extremos, desesperación. Surgen también los distintos miedos sociales atizados por la anomia social, por la ausencia de puntos de referencia, de suelo firme, por el vacío de porvenir que se prevé, por el empañamiento del horizonte, el cual no ofrece visibilidad para el despliegue de la vida. Desde luego, los miedos sociales se acrecientan en momentos de crisis. En el miedo, cualquier mal futuro, real o imaginario, afecta al sujeto; se actualiza hacia atrás, por decirlo así, y patentiza, ante todo, la imposibilidad de poder seguir reproduciendo la existencia. Es la perpetuación del vivir, del existir, lo que se pone en entredicho, de ahí a que, según Heinz Bude, «las expectativas de una disminución, de una pérdida o de un daño causan miedo». La posibilidad de perder lo que se tiene, como el estatus social, de no tener

garantizado el porvenir que se avizora, de caer en la inseguridad vital; la posibilidad del colapso del sistema social, es lo que genera el miedo, es lo que produce la incertidumbre existencial. Podemos decir, entonces, que el estado de crisis, con los elementos objetivos y subjetivos que comporta, produce incertidumbre y a su vez esta al no poder ofrecer certezas, tranquilidad, adaptación al mundo que se padece, al actualizar la posibilidad de que la vida «no fluya hacia meta alguna», en condiciones óptimas, genera el miedo.

El miedo es un mecanismo de supervivencia, pero también en tiempos de crisis puede ser fuente de errores y desafortunadas decisiones. El miedo a la precariedad de la clase media alemana, la desorientación de los trabajadores y obreros de la época, el resentimiento ante el pasado y contra los vencedores de la Gran Guerra (1914-1818), etc., generados por la incertidumbre, pues, afirma Zygmunt Bauman en *Tiempos líquidos*, «incertidumbre quiere decir miedo», arrojó al pueblo alemán a los brazos del nazismo, que como es bien sabido, fue responsable de actos inhumanos y de grandes barbaries en el siglo xx. El nazismo es la prueba de los desaciertos que pueden producir las crisis y los miedos sociales, sobre todo cuando son hábilmente manipulados y canalizados por la demagogia propagandística del fascismo. El nazismo prueba también que el miedo es peligroso, que puede generar paranoia, y que moviliza afectos, sentimientos, que no necesariamente separa a los individuos, sino que los puede reunir para los fines más siniestros.

III

Tratemos ahora de responder la última cuestión: ¿qué hacer frente a la incertidumbre? ¿Cómo encararla? No es una anomalía en la matriz, sino una cualidad de esta época. Desde luego, siempre ha existido un grado de incertidumbre en la historia, pues esta no es un reloj programado que funciona mecánicamente. No. La historia es producto de la actividad práctica humana, es hija de sus intereses, proyectos, desvaríos, locuras... de sus pasiones. Por eso no es posible hablar de un fin de la historia, pues mientras haya hombres esta seguirá su curso. O, para decirlo de otra manera, donde no hay hombres no hay historia. Ahora, si la incertidumbre no se puede eliminar, lo peor que podemos hacer es darle la espalda. Aquí no es posible el negacionismo tan de moda por estos días. Negar la realidad es la forma de hacerse más vulnerable ante ella, es la peor manera de enfrentarla. De lo que se trata, entonces, es de aprender de ella, convivir con ella, existir en medio de o entre ella. Este es un buen consejo para los colombianos. Si vivimos en un sistema-mundo interconectado, unido, sometido a un destino común, la mejor forma de aprender a vivir juntos y de prepararnos para el futuro, es tener los sentidos bien abiertos y la razón reflexiva bien atenta, para enfrentar estos tiempos de incertidumbre.

No podemos claudicar ante la incertidumbre, pues esta actitud se convierte en un impedimento para enfrentarla

de manera colectiva, tampoco podemos permitir que nos paralice. De aquí se infiere, desde luego, que la canalización de la omnipresente incertidumbre solo es posible mediante la acción concertada. Por eso, como anota Bauman, «las personas que se sienten inseguras, las personas preocupadas por lo que puede deparar el futuro y que temen por su seguridad, no son verdaderamente libres para enfrentar los riesgos que exige una acción colectiva. Carecen del valor necesario para intentarlo y del tiempo necesario para imaginar alternativas de convivencia y están demasiado preocupadas con tareas que no pueden pensar en conjunto, a las que no pueden dedicar su energía y que solo pueden emprenderse colectivamente».

No se puede, entonces, ignorar la incertidumbre, como ya se advirtió, sino asumirla adecuadamente. Ya no de manera individual, como se suele aconsejar. Aquí no sirven los llamados a luchar contra la inseguridad del futuro acudiendo al egoísmo, al heroísmo individual, a la inversión permanente y solipsista en el «sí mismo»; no se trata del utilitarismo llamado a ser «empresarios de nuestra propia vida», de concebirnos como capital y empresa para hacer frente a la precarización existencial. No. Se trata de emprendimientos colectivos, colaborativos, intersubjetivos, orientados por objetivos comunes que a la vez generan identidad colectiva, y ensamble de afectos. Es formando red de solidaridades afectivas como las fuerzas confluyen, como el deseo y los afectos movilizan. Se trata de vivir con, pensar con, imaginar

con los otros, priorizando las necesidades, articulando las demandas, para apostarle con decisión a una utopía colectiva y forjar así un buen vivir.

La apuesta por la democratización del Estado, la defensa de la democracia, la lucha contra la corrupción, el rechazo de la violencia, la canalización y tramitación pacífica de los conflictos, la defensa de los bienes comunes (tierra, agua, aire e incluso la naturaleza concebida como un bien público universal), solo son posibles con la participación de los ciudadanos, de la potenciación de la soberanía popular como fuente de toda autoridad y de la legitimidad política. Son los objetivos comunes los que unen; es un horizonte compartido de existencia el que articulan los esfuerzos y las esperanzas. Ese horizonte compartido de vida debe ser una construcción de la comunidad. Aquí la apuesta por una vida digna, en paz, donde los individuos puedan materializar su pluridimensionalidad humana, es la utopía a construir. Si la utopía es la distancia entre la realidad y el deseo, si es una racionalidad alternativa que puede guiar los pasos humanos, su construcción es un trabajo de todos.

La incertidumbre nos reta, entonces, a aprender a caminar sobre el abismo, sobre la cuerda tendida. Es una invitación permanente a aprender sobre la marcha. La incertidumbre nos compele a tener los oídos bien abiertos al presente, a sus retos, desajustes, tendencias. Nos prepara también para ser más abiertos, atentos, menos facilistas. Nos enseña que la existencia es una estructura abierta, no fijada, nos invita

a ser más flexibles. Nos enseña que la vida es una aventura, una novela que se escribe y reescribe todos los días. La incertidumbre nos pone de presente, igualmente, que la creatividad y los valores sociales compartidos son las herramientas más aptas para la construcción de otro mundo posible. Esa creatividad debe ser vista como la capacidad de otear, de derivar perspectivas, puntos de vista, opciones, posibilidades. Solo con la creatividad irrumpe lo nuevo, lo inédito, lo que antes no tenía presencia efectiva en la realidad. Y esto solo acontece si trabajamos en común, colaboramos, nos comunicamos colectivamente, y si tomamos las riendas de los acontecimientos, si aceptamos con Albert Camus que «la verdadera generosidad con el porvenir consiste en darlo todo en el presente». Es en ese porvenir donde se actualiza el no ser constitutivo que es el ser humano, esa criatura que nace todos los días. ‡

Autores

01. MOISÉS **WASSERMAN**

Bogotá. Químico de la Universidad Nacional con doctorado en Bioquímica en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Fue profesor y decano de la facultad de Ciencias Sociales y rector de la Universidad Nacional de Colombia. Desde 2002 es el presidente de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales.

02. LARIZA **PIZANO**

Bogotá. Politóloga de la Universidad de los Andes, con maestría en Estudios Políticos de la Universidad Nacional de Colombia. Ha escrito varios libros sobre ciudad y ha sido profesora de urbanismo. Como periodista fue editora política de la revista *Semana* y actualmente es columnista en *El Espectador*.

03. DAMIÁN **PACHÓN**

Líbano, Tolima. Graduado como abogado de la Universidad Nacional de Colombia, es magíster en Filosofía Latinoamericana y doctor en Filosofía de la Universidad Santo Tomás. Profesor visitante del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Kobe, Japón. Colabora como columnista en *Le Monde diplomatique* y *El Espectador*.